

WOLFFHEIM:

Fritz Wolffheim, uno de los nacionalbolcheviques más genuinos, pronunció el 16 de agosto de 1919, ante la organización local de Hamburgo del K.P.D. (Partido Comunista Alemán), una conferencia que, por su trascendencia, fue impresa como folleto bajo el título "¿Organización de fábrica o sindicatos?" ("Betriebsorganisation oder Gewerkschaften"?, Hamburgo 1919). Dicha conferencia, dejando a un lado algunos aspectos propios del tiempo, lugar y circunstancias, expresa algunos conceptos e ideas interesantes.

Para Wolffheim, el estado alemán de la época era un estado sostenido en cuatro pilares: nobleza (príncipes), latifundistas (gran burguesía), militares y policía. Este estado somete a su dictado al pueblo y lo controla bajo la dirección de esos cuatro pilares. Así, procura que las masas populares dominadas queden aisladas de todo tipo de decisiones, o les permite crear organizaciones que no pueden - de ninguna manera- poner en peligro su predominio. De tal manera que, si los trabajadores quieren organizarse, deben de reconocer - como primer paso- a ese estado y luego se les permitirá hacer algo, dentro de un marco que ese estado les concede generosamente... . Esta es la razón, para Wolffheim, por la que el movimiento político y sindical alemán de aquel tiempo era esencialmente reformista. Así, políticamente se reconocía al estado burgués y se pretendía desde el parlamento (a fin de cuentas "órgano del propio estado") influir y dejarse ver y oír. Sindicalmente no se organizaba a los trabajadores con el objetivo de combatir a la burguesía y al capitalismo, sino con el objetivo de negociar con ellos - de una u otra manera- garantizándoles su existencia futura e intentando obtener condiciones de trabajo y de salario más favorables.

Tras la denominada Revolución Alemana, las relaciones de poder cambian, no radicalmente, pero sí sensiblemente. La nobleza (príncipes) y los terratenientes (gran burguesía) pierden parte de su - hasta entonces- poderosa influencia y, así, parece haber menos obstáculos en el camino hacia un futuro poder de los trabajadores. Surgen, así, unas cuestiones nuevas, unos retos nuevos a los que enfrentarse:

¿Qué estado hacer? ¿Qué estado construir? ¿Si se le permite hacerlo de nuevo a la burguesía será un estado reformista de nuevo cuño, que evite nuevas situaciones subversivas? ¿Un estado proletario? ¿Tienen los trabajadores voluntad, fuerza y capacidad para hacerlo?

En Alemania, hasta entonces, el proletariado no estaba acostumbrado a reflexionar profunda y seriamente, sobre lo que es un estado. Las funciones del proletariado alemán hasta entonces, eran dos: una, votar, para llevar al parlamento a unos hipotéticos "representantes de los trabajadores". Dos, pagar las cuotas sindicales, para que un restringido núcleo de dirigentes tuviera su existencia asegurada, y cederles, a ellos mismos, toda la toma de decisiones. Ahora, tras la Revolución Alemana, los trabajadores pueden encontrar otra nueva función: pensar en un futuro estado. Este hecho, de ocuparse de la esencia del estado, es ya de por sí una actividad revolucionaria. Pensar en que consiste el poder de la burguesía. Pensar que tipo de poder tienen que crear los trabajadores, para estar en las mínimas condiciones de organizarse, algún día, ellos mismos, como estado. Hasta entonces, se había hablado de la conquista del poder, recordemos, entre otros, a Kautsky, pero no de como llevar a cabo esa conquista, ni mucho menos, por ejemplo, de imitar a los bolcheviques rusos...

Surge así, fruto de estas reflexiones, un concepto de estado proletario relacionado con lo que Ferdinand Lassalle había dicho:

"El Estado es la concentración de todos los medios de poder reales existentes en un pueblo". Serían medios de poder los referidos a milicia, prensa,

banca y medios de producción. Esta concentración de medios de poder determinaría un estado futuro que sería la "unidad de los individuos en un todo ético, una unidad que multiplicaría por millones las fuerzas de los individuos. Su finalidad sería la educación y el desarrollo del género humano hacia la libertad".

Tras la Revolución Alemana, las relaciones de poder cambian y se desplazan, por lo menos en parte, a los consejos de obreros y soldados, y allí se concentra parte - no todo- de ese poder. Todos estos consejos de obreros y soldados, con su firme estabilización en las masas, en el pueblo trabajador, en las minas, en las fábricas, en el campo..., habrían constituido - toda esta organización- el estado. Quizás un estado embrionario, pero a fin de cuentas un estado, que sería de los trabajadores y que podría crear, incluso, su propio ejército. No obstante, Fritz Wolffheim dice que esto no ocurre y la pregunta que surge a continuación es: ¿por qué?

La contestación podría ser, de entrada, que los trabajadores no estaban preparados para una revolución. No tenían la robustez, ni la fuerza necesaria, para un camino que se preveía duro. Por otro lado, la revolución para ellos era simplemente un cambio político, única y exclusivamente; luego -con el tiempo- vendría un cambio de las demás estructuras; sin tener en cuenta que a la revolución política debe seguir la revolución económica, pues aquella tiene por tarea, aparte de otras cosas en ámbitos sociales, culturales y personales, revolucionar a fondo la economía toda. También, no se podía olvidar que los partidos llamados "obreros" y los sindicatos, como fruto de tantos años de vivir en el estado burgués, estaban integrados - casi completamente- en él y eran parte esencial del mismo, constituyendo su espina dorsal y, como se vio en los años siguientes, célula primaria de regeneración del viejo estado. Aquellos partidos "obreros" y aquellos sindicatos, surgidos en un estado cuyo capitalismo estatal, aún en crecimiento, en extensión, sólo tenían entre sus fines obtener mejores salarios y mejores condiciones de vida y trabajo; nada más; eran organizaciones políticas y sindicales de dirigentes, de burócratas, y el peso de la actividad lo llevaban los dirigentes, no las masas; tenían a la huelga como un último medio de presión, sólo en casos de extrema urgencia, pero no como el arma natural y fundamental en épocas revolucionarias. Estos hechos habían desencadenado una serie continua de fracasos en las luchas diarias, en el que el fraccionamiento de los trabajadores, por grupos profesionales, no era una causa menor, que subconscientemente habían dejado en los trabajadores una sensación de derrota, de impotencia y de inutilidad.

Todo ello sumado (falta de fuerza, falta de organización adecuada, falta del resorte mental de ver realizable y viable la lucha) dio al traste con la posibilidad del estado de los trabajadores, para Wolffheim.

Sabiendo que ni los viejos partidos "obreros" ni los viejos sindicatos estaban - por su propia naturaleza- en condiciones de dirigir la lucha de la clase trabajadora en tiempos revolucionarios, y teniendo en cuenta que las épocas revolucionarias exigen decisiones revolucionarias, Wolffheim propone que la lucha - política y económica- la realicen las masas, al mismo tiempo, encuadradas en organizaciones que se creen con el objetivo de dirigir esas luchas y que las realicen en la calle y en las fábricas. Es de esta época su conocida tesis de la organización de empresa y de las uniones.

Wolffheim expresa, también, que ve algo de sentimiento de nostalgia entre la clase trabajadora hacia los viejos sindicatos; no en vano estuvieron muchos años sosteniéndolos; pero afirma que una actividad revolucionaria no puede basarse en sentimientos y nostalgias atávicas, si no se quiere perder - quizás para siempre- una posibilidad que podía ser única. Por otro lado, sostiene la ineficacia total y absoluta de las viejas burocracias sindicales, que quieren mantener sus privilegios, lo mismo que el capitalismo quiere mantener los suyos.

En su estancia en Estados Unidos, Fritz Wolffheim (militando en I.W.W., Industrial Workers of the World - Trabajadores Industriales del Mundo-) estudió detenidamente como el capitalismo estadounidense -más desarrollado que el alemán- se reorganiza y adapta de muy diversas maneras, y se hace la pregunta de que porqué no hacer lo mismo con los trabajadores. Por eso sostiene con vehemencia la

tesis de reorganización - sobre bases nuevas- de la clase trabajadora, que le haría cambiar las derrotas por victorias y su subconsciente derrotista y acomodado por una realidad pujante y activa.

Wolffheim no olvida que esa adaptación capitalista puede hacer que, llegado un determinado momento y ante la presión de las masas, el estado burgués pueda adoptar formas aparentemente "más humanas y justas", recordemos la conocida frase del príncipe de Lampedusa, Giuseppe Tomasi: "Cambiar todo para que nada cambie"... Ante situaciones así, Wolffheim propone desechar estas tesis reformistas y no hace caso al conocido juicio de que los reformistas pueden abrir el camino a los revolucionarios.

"...Ser revolucionario no significa soltar sólo discursos revolucionarios, o escucharlos, sino que las ideas revolucionarias han de convertirse en acción revolucionaria..." dice textualmente. Para ello, insiste en que es preciso romper con los sindicatos, que antaño prestaron buenos servicios, pero que ahora constituyen un elemento contrarrevolucionario - habían cambiado las condiciones- y que es necesario concentrar todas las fuerzas en las organizaciones que pueden llevar a cabo la lucha revolucionaria y que luego, en un momento concreto, sean capaces de hacerse cargo de los medios de producción - serían las organizaciones de fábrica y los consejos-.

Sabe que el punto clave de la fricción - del choque, mejor dicho-, entre capitalismo y trabajadores llegará en un momento dado, en el transcurso de la lucha revolucionaria, y una vez llegado este momento defiende que no hay que darle tregua ni permitirle que recupere - ni por un sólo instante- el resuello. Considera que la huelga, una huelga por sencillas exigencias económicas, puede tener gran repercusión política, cuando afecta - en su desarrollo- a grandes masas y ya, en este momento, afecta a la totalidad de la sociedad, pasando de ser una huelga económica a una huelga política. A partir de aquí, sus palabras lo explican bien:

"Pues allí donde ya no se puede tratar de mejorar sólo las condiciones de trabajo, porque el mismo capitalismo esté agonizando, porque la sociedad capitalista ya no puede mejorar las condiciones de trabajo, allí donde se trata de destruir la economía capitalista, esto sólo se puede conseguir por medio de una continua cadena de huelgas de masas revolucionarias que se extienden cada vez más, y que comprendan sucesivamente todos los ramos de la industria, que sacudan la economía de todo el país, y obliguen finalmente a la clase capitalista a la confesión de su bancarrota. En la bancarrota ya está hoy, pero abandonar los intentos de recuperarse de nuevo, confesar su incapacidad, eso no lo hace la clase capitalista, eso no lo puede hacer, eso significaría el suicidio. Eso sólo lo hará cuando el proletariado le obligue. El medio para conseguirlo es principalmente la huelga revolucionaria..."

Fritz Wolffheim - lo mismo que Heinrich Laufenberg- otorgaba al sindicalismo un papel estrictamente revolucionario, enlazado con las ideas de los sindicalistas revolucionarios clásicos. Para ellos el sindicalismo revolucionario es un medio fructífero de lucha contra el sistema capitalista, sobretodo si existe el número suficiente de trabajadores con un alto nivel de conciencia revolucionaria y capacidad para llevarla a la práctica. Pero para Wolffheim, en un momento dado y concreto el sindicalismo no es suficiente, hacen falta órganos que se planteen de forma inmediata y a pie de tajo la gestión obrera y esto serían los consejos. El sindicalismo revolucionario correspondería a una etapa más o menos prerrevolucionaria y los consejos correspondería a una etapa de construcción del poder obrero; de tal manera que uno complementaría al otro. Cada uno, aisladamente, es insuficiente; juntos se complementarían. Sería una secuencia dinámica: primero, sindicalismo revolucionario, luego, consejos. Los consejos, para Wolffheim, y también para Laufenberg, no pueden, ni deben, ser el brazo ejecutivo de ningún partido; en contra de la opinión de Gorter, Bordiga o Pannen-koek. Serán los trabajadores mismos, unidos en la lucha contra el capitalismo y el deseo de construir un estado obrero, los que lo constituirían y dirigirían, haciendo posible que la emancipación de los trabajadores fuese obra de los trabajadores mismos.

BOLAÑOS, Álvaro, "Wolffheim:" en *Tribuna de Europa* Nº 5, Febrero-Marzo 1996, II Época, págs. 28-30

Texto digitalizado por:

Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)

Enero 2007